



# LOS RESTOS DE LA ANTIGUA IGLESIA DE SAN NICOLÁS, EN VILLAFRANCA DEL BIERZO

Fermín López Costero

Unos metros antes de acceder a la Plaza Mayor de Villafranca del Bierzo por la Calle del Campairo, aparece, a la izquierda, otra plaza que lleva este mismo nombre: Plaza del Campairo del Grano. Se trata de un espacio rectangular, que está situado en pronunciada pendiente y cuya zona inferior desemboca en la emblemática Calle del Agua (o de Ribadeo). Pues bien, en la parte baja de esta pintoresca plaza —o plazuela, como a veces también se la denomina— se encuentran el solar y algunos restos —reconvertido todo en un pequeño jardín— de la que en su día fuera la iglesia de San Nicolás.

Según Pascual Madoz (1806-1870), a mediados del siglo XIX «la plazuela del Campairo se halla dividida por un paredón en su centro con 2 escalinatas á los lados, y es en la que se venden las verduras, legumbres, leña, yerbas y paja; en ella estuvo sit. la ant. y primitiva igl. parr. de San Nicolás, por cuya razón había antes en el centro una gran cruz de madera...»<sup>1</sup>. Hoy en día ya no existe esa cruz, y la plaza tampoco acoge ningún tipo de mercado. Hace años, cuando en Villafranca se celebraba la famosa «Fiesta de la Poesía», este lugar sí que se convertía, durante la noche, en improvisado escenario en el que poetas jóvenes o poco conocidos, sobre todo, tenían la oportunidad de recitar sus poemas ante el numeroso público asistente.

Pero lo que nos interesa ahora es la desaparecida iglesia de San Nicolás. Se trata del templo más antiguo del que se tiene noticia en Villafranca, una población repleta de edificios religiosos, algunos de los cuales poseen un interés histórico y artístico más que notable. Según la documentación histórica, esta iglesia ya existía durante el reinado de Urraca I (1109-1126), que fue quien se la cedió a la abadía borgoñona de Cluny —el centro religioso más importante de la cristiandad durante la Edad Media— hacia 1120. Poco después, los monjes cluniacenses se establecerían en Villafranca, que por entonces aún se llamaba Burbia; debió ser entre los años 1120 y 1126, a pesar de que la existencia del priorato villafranquino como tal no se puede establecer hasta 1131, año en que la documentación ya nos habla de un prior llamado Galdricum<sup>2</sup>. Este priorato se alzaba en el lugar en el que, más tarde, en 1532, se comenzaría a edificar la actual colegiata de Villafranca.

Según refiere Mercedes Durany<sup>3</sup>, la donación de la iglesia de San Nicolás a la abadía borgoñona tuvo que contar con el consentimiento del obispo de Astorga, que por entonces era Pelayo (1098-1122). Pero, poco después, su sucesor, Alo (1122-1131), se mostró dis-

conforme con la operación y trató de recuperar el templo. Tal era su interés que llegó a entablar un pleito con los cluniacenses y a anatemizar el edificio y prohibir celebrar misa en él. Tuvo que intervenir el papa Inocencio II (1130-1143), que obligó a ambas partes al siguiente arreglo: los cluniacenses se quedarían con la iglesia y los derechos sobre ella, pero a cambio entregarían al obispo de Astorga —que ya no era Alo, sino su sucesor, Roberto (1131-1138)— «VI libras de censo, un buen yantar y el servicio de arcedianos, además de los diezmos, censos, mortuorias, ofrendas, etc.». Pero, a pesar del acuerdo, las relaciones entre los cluniacenses villafranquinos y el obispado de Astorga quedarían muy dañadas; posteriormente, en 1185 y en 1189, el rencor de los responsables de la sede asturicense se manifestaría de manera taimada, apoyando al Hospital de O Cebreiro (Lugo) en sus pleitos con los monjes villafranquinos por el control de los diezmos. Hermanos todos en el Señor pero, por lo que se ve, enemigos encarnizados en lo concerniente a los bienes terrenales.

La iglesia de San Nicolás perfectamente podría haber sido edificada durante el último tercio del siglo XI, con lo cual, sería coetánea de otros templos bercianos similares, consagrados por el obispo astorgano Osmundo (1082-1098). Estaríamos hablando de la iglesia de San Esteban, en Corullón (consagrada en 1086); de la de San Martín de Tours, en Pieros, de cuya construcción original sólo perduran algunos vestigios (consagrada también en 1086); y de una iglesia que existió en Tombrio de Abajo y de la cual nada se conserva, aunque sabemos de ella gracias a una lápida de piedra que hace referencia, precisamente, a su consagración por el obispo Osmundo en 1082<sup>4</sup>. El templo villafranquino incluso podría ser de la misma época que la iglesia de San Juan Bautista, de Ruitelán, si tenemos en cuenta la cronología establecida por José M<sup>a</sup> Luengo para este maltrecho edificio<sup>5</sup>.

Lo que sí está comprobado es que esta iglesia de San Nicolás perduró a lo largo de los siglos; de hecho constituyó parroquia hasta el año 1770, en que, debido a su estado ruinoso, como consecuencia tal vez de un incendio<sup>6</sup>, ésta se trasladó al convento de los jesuitas (posteriormente, de los paúles, al hacerse cargo estos monjes de dicho convento, tras la expulsión de los jesuitas en 1767)<sup>7</sup>; de ahí que el templo conventual también se conozca con el nombre de iglesia de San Nicolás.



Aspecto que presentan en la actualidad los restos de la antigua iglesia de San Nicolás.

A juzgar por la época en que fue erigida, debió ser, desde el punto de vista artístico, una construcción de estilo románico pleno. Según los vestigios conservados, disponía de cabecera, formada por un único ábside, y nave también única. Se trata de un diseño característico del románico rural de El Bierzo —y que predomina en la mayor parte de la arquitectura románica de índole rural—, en el que las cabeceras con más de un ábside —tres, exactamente— y los edificios con más de una nave —tres, también— sólo se encuentran en las iglesias monasteriales (Carracedo, Montes de Valdeza y San Juan de Montealegre<sup>8</sup>).

Actualmente, lo único que ha perdurado en el tiempo y que se percibe de este templo villafranquino es la parte inferior de los muros que conformaban su cabecera, cuya planta tiene forma un tanto irregular. Estaba constituida por dos espacios: en primer lugar, un tramo recto (presbiterio), y a continuación, un ábside semicircular.

El presbiterio, cuyos muros muestran un trazado bastante irregular —sobre todo el del Sur—, tenía entre 6'50 y 7 m. de ancho por 2'50 m. de largo. En efecto, el trazado de su paramento Sur o, mejor dicho, de lo que queda de él, da la impresión de haber sido realizado a ojo: en vez de ser totalmente recto, una buena parte del mismo se desplaza hacia afuera, luego se estrecha 20 cm. y continúa recto unos 95 cm., hasta enlazar con la ampliación correspondiente a la nave. Por su parte, el paramento Norte mide 2'50 m., y, hacia la mitad del mismo, muestra un saliente vertical, a modo de marco, de 13 cm. de ancho por 8 cm. de fondo. Por lo general, la altura de los restos de estos muros del tramo recto de la cabecera no supera los 50 cm.

A continuación del presbiterio, aparece el ábside. Es semicircular y posee un diámetro aproximado de 6'90 m. y un radio de 3'70 m. Curiosamente, su anchura es igual o superior a la que posee el irregular presbiterio en alguna zona; algo inusual en las cabeceras de los templos románicos, que suelen disponer de presbiterios igual de anchos o ligeramente más anchos que el diámetro del ábside. Por lo demás, la altura máxima que alcanzan los restos de este muro semicircular es de 1'42 m. Como elemento destacable, existe, hacia la derecha, una pequeña y rudimentaria credencia, sin

ningún tipo de decoración y meramente funcional; está situada a 35 cm. del suelo actual y sus medidas son las siguientes: 30 cm. de ancho, 36 cm. de alto y otros 30 cm. de fondo. Este tipo de huecos es habitual en los ábsides medievales; su función era albergar los objetos necesarios para la celebración del culto.

Así, pues, si a los 2'50 m. que mide de largo el presbiterio les sumamos los 3'70 m. del radio del ábside, obtendremos una longitud interior total para toda la cabecera de 6'20 m.

En cuanto a la nave, carecemos a simple vista de elementos o referencias que nos permitan determinar con precisión sus dimensiones. En este tipo de edificios, lo lógico es que la nave sea más ancha que la cabecera; sin embargo, las remodelaciones realizadas en la plaza con posterioridad a la ruina del templo, entre las que hay que incluir las dos escalinatas laterales —probablemente, las mismas que menciona Madoz—, nos impiden conocer con exactitud cuál podría ser la anchura original de la iglesia. Evidentemente, el actual jardín fue trazado sobre el espacio que ocupaba dicha nave, pero poco más podemos intuir.

A primera vista, y sin realizar alguna pequeña excavación, tampoco podemos determinar el grosor exacto de los muros, puesto que todo el perímetro correspondiente a los paramentos exteriores está relleno de tierra cubierta de césped. No obstante, sabemos que, al menos en el ábside, dicho grosor ha de ser considerablemente superior a los 30 cm. que tiene de fondo la credencia mencionada con anterioridad. De todas formas, da la impresión de que el espesor de los muros de esta iglesia no alcanza, ni mucho menos, los 120 cm. que tienen de media los muros de las iglesias románicas situadas en territorio leonés de la Diócesis de Astorga<sup>9</sup>. Así y todo, y mientras no se emprenda una excavación arqueológica, tampoco podemos descartar la posibilidad de que la cabecera de este edificio fuese plana en cuanto al exterior.



Credencia abierta en el ábside.

Lo que sí se aprecia fácilmente es el tipo de material empleado en la construcción, consistente en mampostería ordinaria —ligada con argamasa— de canto rodado y alguna que otra laja de pizarra. No se conservan restos de enlucido en los paramentos interiores —los únicos visibles—, salvo en algunas zonas del que conforma el ábside. Y, en cuanto al pavimento —fabricado también con cantos rodados—, es evidente que no tiene nada que ver con el suelo original de la iglesia —mucho más profundo, sin duda—, sino que corresponde a la última o penúltima remodelación llevada a cabo en la plaza; la situación de la credencia del ábside, demasiado próxima al suelo, también lo certifica.



Grabado de I. Clark, realizado a partir de un dibujo de W. Bradford.

Por otra parte, existe un grabado de I. Clark, realizado a partir de un dibujo de William Bradford (1780-1857)<sup>10</sup>, en el que en alguna ocasión se ha identificado a esta iglesia de San Nicolás con un edificio que aparece en el centro de dicha lámina, entre el castillo y el desaparecido convento de San Francisco (del cual hoy sólo perdura la iglesia). Sin embargo, esta identificación no parece factible por dos motivos. En primer lugar, porque la situación de la iglesia del dibujo de Bradford, demasiado próxima al castillo, no coincide con la de la iglesia de San Nicolás, algo más alejada y adyacente a la Calle del Agua; ni siquiera la disposición de su planta, que, según el dibujo, sería transversal a la Plaza del Campairo, y no longitudinal a la misma, tal y como aparecen los restos que aún se vislumbran hoy en día. Y, en segundo lugar, porque el edificio que se ve en el grabado inglés, que posee una torre de planta cuadrangular adosada a uno de los extremos de la nave, carece de ábside semicircular, siendo planos todos sus muros perimetrales. Además, el edificio ya se encontraba en ruinas en 1770, por eso fue abandonado; con lo cual, en tiempos de la Guerra de la Independencia (1808-1814) su aspecto no debía ser tan boyante como el de la iglesia representada en el grabado.

Por tanto, todo parece indicar que el templo dibujado por Bradford no se corresponde con la construcción religiosa que aquí nos ocupa; o que bien pudiera tratarse de una licencia del dibujante inglés o de una simple

imprecisión, tal vez porque esa parte del dibujo, Bradford la hubiera realizado a posteriori y de memoria, sin recordar con exactitud la situación y el aspecto de la iglesia de San Nicolás. De hecho, los elementos más significativos de su obra son el castillo, el convento de San Francisco y las montañas, todos ellos perfectamente ubicados, pero interpretados de manera bastante libre; mientras que el conjunto de edificios que aparece en el centro, entre los que se encuentra la iglesia torreada, tendrían un significado simbólico, viniendo a representar a todo el casco urbano de la villa, sin más.

<sup>1</sup> MADDOZ IBÁÑEZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. León. Madrid, 1845-1850; p. 316 (Ámbito Ediciones. Valladolid, 1983; facsimile).

<sup>2</sup> DURANY CASTRILLO, Mercedes: «El priorato cluniacense de Sta. María de Villafranca (siglos XII-XIII)», en *Estudios Bercianos*, nº 8. Instituto de Estudios Bercianos. Ponferrada, agosto de 1988; pp. 50-56.

<sup>3</sup> DURANY CASTRILLO, M.: Ob. cit.

<sup>4</sup> Por las características de su epígrafe, esta lápida data de finales del siglo XII. En la actualidad, permanece incrustada junto a la portada de acceso a la iglesia de Ntra. Sra. de la Visitación, en Tombrio de Abajo. El primer autor que se ocupó de ella fue J. Rodríguez Fernández; luego vendrían A. Quintana Prieto, C. Cosmen Alonso y otros.

<sup>5</sup> LUENGO MARTÍNEZ, José María: *Ruitelán y su iglesia románica*. Diputación Provincial. León, 1977 (también en *Tierras de León*, nº 26. Diputación Provincial. León, 1977). Y LÓPEZ COSTERO, Fermín: «Ruitelán: la iglesia de San Juan Bautista», en *Filandón*, nº 1071. León, 4 de noviembre de 2007.

<sup>6</sup> ALONSO, Hernán: *El Bierzo. Todos los pueblos, rutas y caminos*. Ponferrada, 1999; p. 200.

<sup>7</sup> MADDOZ, P.: Ob. cit.

<sup>8</sup> Administrativamente, la localidad de Montealegre no pertenece a El Bierzo, sino a la vecina comarca de La Cepeda, concretamente, al municipio de Villagatón-Brañuelas; no obstante, debido a su ubicación geográfica, entre los límites naturales de ambas comarcas, las ruinas de la iglesia del desaparecido monasterio de San Juan de Montealegre suelen incluirse en los estudios sobre el románico berciano.

<sup>9</sup> COSMEN ALONSO, M<sup>a</sup> Concepción: *El arte románico en León. Diócesis de Astorga*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León. León, 1989; p. 55.

<sup>10</sup> BRADFORD, William: *Sketches of the country, character and costume in Portugal & Spain, made during the campaign and on the route of the British Army in 1808 and 1809*. Editado por John Booth. Londres, 1810. Existe una edición conmemorativa y facsimilar en español: *William Bradford: Viaje por España y Portugal. La guerra peninsular, 1808-1809*. Caja Duero. Salamanca, 2009.

William Bradford (1780-1857) estudió teología y ocupó el cargo de rector en Storrington (Horsham, West Sussex, Inglaterra), la parroquia de su padre. Posteriormente, su hermano Henry, destinado en el estado mayor del teniente general Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, le consiguió el cargo de capellán de una de las brigadas de infantería del ejército de John Moore. Durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814), pasó por El Bierzo formando parte de uno de los episodios más épicos y, al mismo tiempo, estremecedores: «La retirada de Moore». Después de la guerra, ocupó, durante diez años (1819-1829), el cargo de capellán de la embajada británica en Viena; luego regresó a la rectoría de Storrington. Las láminas que conforman su obra constituyen dos partes: en la primera muestran paisajes, monumentos y tipos populares españoles y portugueses; y en la segunda, los uniformes militares de los ejércitos contendientes.